RESEÑAS

Bestias con chamoy

"Me sube la mierda a la boca... me gustaría hacer con ella una pasta con la que embadurnaría el siglo XIX." Eso anotaba Flaubert en una carta. De la indignación del novelista frente a las supersticiones de su tiempo habría de nacer su diccionario de ideas recibidas, una ordenación alfabética de palabras con el significado que un "estúpido ideal" las daría; de esa masa brotaría también su *Estupidario*, una colección de citas idiotas. Hay un ánimo semejante en el *Bestiario* de Julián Meza que bien pudo haber dicho: "Me sube la mierda a la boca. Me gustaría hacer con ella una pasta con la que embadurnaría el salinismo."

116

El primer elemento que encuentro en esa pasta con la que se ha embarrado el fanatismo de los modernizadores mexicanos es el gozo del escritor. Como dijo Jaime García Terrés en alguna columna de la *Gaceta* del Fondo de Cultura Económica: "Cualquier autor —y acaso cualquier buen lector— es un lexicógrafo latente. Suele apasionarlo la disección de las palabras. Las sumas lingüísticas acicatean su apetito, y las autoridades tranquilizan su conciencia." La brutalidad de las definiciones del *Bestiario* no logra ocultar la elegancia literaria del autor ni la claridad de su lenguaje. Meza no deja resquicio a la vaguedad o al embrollo. En la exactitud de la definición hay una impulso hacia el aforismo que, afortunadamente, está libre de pretensiones filosóficas.

Con ánimo volteriano, Julián Meza pinta el fanatismo. El *Bestiario*, más que catálogo de palabras es un desfile de personajes fantásticos. Una colorida sucesión de viñetas. El autor, al definir, muestra las tripas de estas bestias modernizadoras. Pero, más que eso, el autor parece dirigir a estos personajes como dentro de un teatro. Eso decía en algún sitio Gabriel Zaid: hay autores que, más que lectores, crean espectadores. Obras que son un teatro con camerino, foro y butacas. Este *bestiario* es eso: un teatro grotesco en donde los personajes se exhiben como esperpentos.

En esta exhibición de esperpentos me gusta, sobre todo, la implacable burla del fanatismo. Ahí encuentro la máxima eficacia del sarcasmo. Será que ése es el rasgo más repulsivo del experimento salinista: el dogmatismo y

RESEÑAS

la arrogancia de los modernizadores. Alguien ha dicho que vivimos el experimento político más ideologizado desde que Stalin impuso la industrialización en la Unión Soviética. Stalinismo, define Julián Meza, es la "anticipación endurecida del sardinismo." El lexicógrafo juega con ese hilo: el neoliberalismo como postmarxismo; marxismo como preneoliberalismo. El libre mercado se convierte en altar. Si ponemos "privatización" donde estaba "expropiación" y si colocamos "libre competencia" en lugar de "planificación" veríamos que el hermetismo del pensamiento ideológico queda intacto. Queda definida la verdad y la misión. La Ciencia no tiene poros; la realidad no tolera a los ciegos. La historia exige excluir a los rejeros.

Leamos algunas entradas del *Bestiario*.

Externalidad. Molesta realidad que no debe ser tomada en cuenta porque puede afectar la pureza del modelo económico.

Economía política. No gastar en modernizar la política.

Falla técnica (2). Desajuste momentáneo, pero superable, entre la caja de velocidades de la teoría neoliberal y la realidad de las llantas ponchadas del batimóvil monetarista que conduce a la postmodernidad.

Los economistas, choferes del batimóvil con llantas ponchadas, no quedan muy bien parados en este bestiario. El *Economist* decía en los tiempos dorados del "nuevo optimismo social" que México gozaba del privilegio de contar con el gobierno con mayor talento económico en el mundo. No había ningún otro país en el planeta que se le comparara, decía el deslumbrado redactor anónimo del semanario inglés. Seguramente tenía razón. Difícilmente podrían juntarse tantas medallitas académicas como en el gabinete de la modernización chichimeca. Julián Meza está muy lejos de ser un adulador de los economistas. Se parece, en ese sentido a varios millones de mexicanos. En el *Bestiario* no oculta sus desprecios.

117

Economista. El que se ríe de los mexicanos sin invertir demasiado tiempo.

Estudiante de economía. Aprendiz de brujo.

Gabinete económico. Laboratorio en donde los economistas experimentan con seres humanos.

RESEÑAS

El glosario divierte. Pero también incomoda. A lo mejor ésa es otra de las virtudes del texto. El problema que veo es que en esta guía de las bestias modernizadoras, el provocador ha sido sorprendentemente obsequioso con las convenciones de la multitud. En ocasiones, al leer las repetidas referencias a las desventajas capilares del modernizador, o de sus desafíos longitudinales, o de su abundancia auricular —para decirlo en el *Newspeak* de lo políticamente correcto— pensaba que, muy a su pesar, el autor se confundía con la furia del país. Al reencontrarme una y otra vez con la acusación al asesino del candidato, sentí francamente que el bestiario tropezaba con el lugar común. Otro monito de Salinas en la esquina con cara de Chupacabras.

El *diccionario de ideas recibidas* (la edición española de Valdemar lo llama *Diccionario de prejuicios*) de Flaubert llevaba como epígrafe una máxima de un señor Chamfort que decía "apostarí que toda idea pública, toda convención recibida es una tontería pues ha sido el gusto de la gran mayoría". El *Bestiario*, en muchos párrafos, es un diccionario de prejuicios antisalinistas.

118

Creo adivinar una definición que no está escrita pero está dicha entre las líneas del *Bestiario* y que, por cierto, sería celebrado por los priístas que se dedican a pisotear al hombre que adulon durante años: "*Neoliberalismo*. Pronúnciese con cara de fuchi. No tener ni idea qué es, pero escupirle." Extraño igualmente, muchas bestias de la selva nacional. Los antimodernizadores, por ejemplo. Los otros salvadores, los idólatras de la sociedad civil, los locutores, los periodistas. ¡Qué generoso ha sido Julián Meza con esas bestias del pasado reciente y del presente mexicano! Ahí hay todavía un montón de categorías taxonómicas que apenas aparecen en este bestiario.

El diccionario del salinismo, "sardinismo" lo llama Meza, no es solamente punzante sino hasta sanguinario. Divertido pero brutal. Leerlo hoy es casi sádico. Me parece en ese sentido que el libro se publica un par de años tarde. Ahora, en plena salinofagia, el libro ya no suena como texto de denuncia sino, a ratos, como otro acto de sadismo, como otro ritual de los zulúes, esos individuos que habitan en una meseta de la América septentrional.

Por supuesto, es casi innecesario decir que el *Bestiario* de Julián Meza es estruendoso, desmesurado. Quien busque proporción analítica, frialdad académica debe leer otro libro. O, más bien, tendrá que buscar otra realidad. Pero quien disfrute del chamoy de la sátira política gozará enormemente este

RESEÑAS

divertimento. La desmesura es parte fundamental de la aventura lexicográfica de Julián Meza. La ira no se evacúa a cucharaditas. El panfleto es inflamatorio o no alcanza la alta dignidad de esa categoría literaria.

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

Departamento Académico de
Derecho. ITAM